

Seix Barral Biblioteca Formentor



Margaret Mazzantini

Esplendor





Seix Barral Biblioteca Formentor

Margaret Mazzantini

Esplendor

Traducción del italiano por
Isabel González-Gallarza

Título original: *Splendore*

© Margaret Mazzantini, 2013

Primera edición en italiano publicada por Arnoldo Mondadori Editore, S.p.A, Milán

© por la traducción, Isabel González-Gallarza, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Canciones del interior:

pág. 47: © *Extraterrestre*, 2009 DV More, interpretada por Eugenio Finardi

pág. 49: © *E sei cosa bella*, 2010 Carosello C.E.M.E.D, interpretada por Ivan Graziani

pág. 110: © *Spiritual*, 1967 Bluebell Records BBLP 39, LP, interpretada por Fabrizio de André dentro del álbum *Volume 1*

pág. 134: © *There Is a Light That Never Goes Out*, Warner Music U.K., interpretada por The Smiths dentro del álbum del mismo título

pág. 316: © *Hurt*, 2002 American Recording Company, LLC, interpretada por Johnny Cash

Primera edición: junio de 2016

ISBN: 978-84-322-2925-1

Depósito legal: B. 9.127-2016

Composición: Àtona – Víctor Igual, S. L., Barcelona

Impresión y encuadernación: CPI, Barcelona

Printed in Spain - Impreso en España

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights* de las obras incluidas en este libro. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correctos, el editor ruega que le sea comunicado.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Era el hijo del portero. Su padre tenía las llaves de nuestra casa, cuando nos marchábamos, regaba las flores de mi madre. Durante un tiempo hubo dos lazos azules en el mismo portón, el suyo algo más descolorido que el mío porque era unos meses mayor que yo. Nos cruzamos toda la infancia, él bajaba y yo subía. Estaba prohibido jugar en el patio, donde las ramas de una gran palmera barrían la tranquilidad de los inquilinos de más edad. Un edificio de la época fascista junto al Tíber. Lo veía por la ventana, mientras se adentraba con el balón bajo el brazo por el cañaveral que bordeaba el río.

Su madre limpiaba oficinas por la mañana temprano. Era un niño organizado, se ponía el despertador, abría la nevera y se servía una taza de leche. Se calaba bien la gorra y se abrochaba el abrigo. Nos encontrábamos todos los días, más o menos en el mismo sitio. Yo siempre tenía mucho más sueño que él. Mi madre me llevaba de la mano, él siempre iba solo. *Hola*. Olía a sótano, a subsuelo urbano. Daba tres pasos y un saltito. Tres pasos y un saltito.

No he tenido hermanos, así que me pasaba las horas solo. Tumbado en una alfombra con un muñeco en la mano,

un muñeco que disparaba o que luchaba. Los sábados por la tarde mi madre me llevaba a una librería o al teatro. Sólo los domingos estaba a la vez con mi padre y mi madre. Mi padre compraba periódicos y los leía en los sillones de cuero del club en el que almorzábamos. Pero a veces íbamos a montar en bicicleta, se paraba a la orilla del río y me enseñaba los pájaros que flotaban corriente abajo hacia el mar.

Comía en la cocina, alimentos sin sustancia y sin sabor, delante de una asistenta que lavaba los platos de espaldas a mí. Esa asistenta cambió muchas veces, pero para mí era siempre la misma, una figura dócil pero enemiga que consintió que mi madre me abandonara toda mi infancia. Georgette era arquitecta pero no ejercía, era activista de Italia Nostra* y presa de una intensa pasión por cualquier forma de voluntariado cultural, por lo que nunca tenía horarios fijos.

Cuando volvía a casa se quitaba los zapatos y hablaba con mi padre de sus espléndidas reuniones, de sus batallas contra la demolición del centro histórico. Era una belga de origen humilde, hija de emigrantes italianos, por lo que su hambre de adulta era toda de ese pan exquisitamente intelectual que de niña en su casa, la de un modesto guardagujas, tanto le había faltado.

Mi padre, al contrario, era un hombre silencioso y monótono en sus actividades. Un rival sin atractivo para mí, con la espada roma. Amaba intensamente a mi madre, la miraba como yo, hasta el espasmo de sí mismo: un ave exótica entrada por error en aquella casa el tiempo

* Asociación fundada en Roma en 1955 para la protección del patrimonio cultural y medioambiental italiano. (*Todas las notas son de la traductora.*)

justo de revolotear un poco entre las paredes, de dejarnos sin respiración.

El rellano era de planta elíptica, con mármoles romboidales verdes y negros, la balaustrada estaba rematada en bronce, el ascensor era una elegante cabina de cerezo y cristal que subía a la vista por el hueco de la escalera. Los cables negros de los engranajes se movían despacio, bien engrasados. Los invitados se miraban en el espejo, se ajustaban el cuello de la camisa o la expresión del rostro durante ese trayecto ascensional que los alzaba del mundo y los dejaba un rato frente a sí mismos en esa majestuosa cabina que, con su olor de cera para madera y su luz tenue, parecía un confesionario. El Palacio de Justicia estaba a pocas manzanas, en nuestro rellano había una notaría y, en el de arriba, el despacho de un ilustre abogado. Me pasé la infancia imaginándome a esa gente que subía, sus rostros, su ropa, sus sentimientos.

Me detengo en este ascensor porque representaba el elemento mecánico que unía la parte baja con la alta, la calle con nuestro apartamento, el ruido con el silencio de los lugares vacíos. La familia del portero no tenía por qué utilizarlo. Eran los únicos inquilinos del sustrato, una oscura escalera bajaba hacia el sótano, allí donde estaba la entrada a su vivienda. Nunca los veía entrar ni salir. Sólo de vez en cuando, los sábados por la tarde, me los encontraba cuando volvían del almacén al por mayor donde hacían la compra para todo el mes, el padre cargaba en los hombros las latas de tomates pelados y de aceite de semillas. Los niños iban bastante bien vestidos, con cazadoras forradas para el frío, la hija mayor llevaba unas orejeras blancas de piel. Al contrario que su hermano, levanta-

taba los ojos para mirarme, ella sí que parecía querer desafiar al otro mundo. Un conejo curioso que olisquea un porvenir más allá de la jaula. Costantino no, no recuerdo haberle visto nunca la cara. Sólo esa espalda encorvada, blanda y corpulenta. Desaparecía. Tenía prisa por desaparecer. Debía de ser el día de fiesta de la familia, su alegría.

Me imaginaba esa casa húmeda, esa comida barata dispuesta sobre el mantel de hule, ante el temblor azul del televisor. El padre, fumador, con una mancha de psoriasis en la frente; la madre, baja como un tapón, con ese sempiterno olor a la lejía con la que limpiaba las escaleras del edificio y que se le debía de haber metido en la piel, desde las manos rojas hasta los codos agrietados. Sin embargo, todos los días a las seis de la tarde, cuando cerraba la portería, se agazapaban los cuatro bajo el mismo fluorescente, los deberes del colegio en la mesa de la cocina.

Yo estudiaba sentado en el suelo, con la espalda pegada a la pared junto a la puerta de entrada; creo que dejé una marca en esa pared, como un caballo en su establo. Era sencillamente el lugar más cercano al mundo, al ruido de la vida. La casa estaba vacía, sólo había una habitación iluminada al fondo, donde planchaba la asistenta. Una silueta de mujer que no era mi madre. Como esos espantapájaros que vigilan las viñas. Habría preferido estar solo, aceptar la crueldad del abandono en lugar de ese engaño. Hasta entonces país de emigrantes, Italia empezaba ya en esos años a acoger las primeras corrientes migratorias. Cuando la vieja asistenta sarda se volvió a su pueblo, Georgette abrió la puerta a somalíes, magrebíes y eritreas. Me entregó a sus olores, a sus sonrisas de máscara africa-

na. Yo era el niño ideal para una asistente extranjera, un cuerpo silencioso, casi invisible. Se iban a la tintorería afligidas por su honda nostalgia. Fue el primer ejercicio humano que hice, ahogarme bajo esos delantales de cuadros, mantenerme a distancia en compañía de esas vidas de las que nos separaban civilizaciones enteras. Aprendí que la plancha es el reino mágico de esas vidas, el calor, unido a la reiteración del gesto, les permite una abstracción total de la realidad, las conecta con el destino interrumpido, un palafito, un inmundo mercado de grano y cabras. A veces me enseñaban fotos de sus hijos, y yo contemplaba esos morros encallecidos de pobreza que posaban para la cámara.

Pegado al suelo junto a la puerta, inamovible, me dejaba traspasar por las sombras, cubrir por la oscuridad. Esperaba el regreso de mi madre, sus pantorrillas esbeltas, los bajos de su abrigo, la voz de la única mujer que tenía el derecho de habitar esa casa y que ocupaba mi corazón por entero. Y, aunque estaba enfadado, la necesidad que tenía de ella, la sola idea de volver a verla hacían que me derritiera en lágrimas, en los pensamientos de amor más tiernos y desalentadores. Yacía junto a esa puerta como una cáscara hueca, vaciada por macabras conjeturas, con la obsesión de que le ocurriera algo. Cada estremecimiento del ascensor era una larga pausa, un doloroso sobresalto seguido de una apnea durante la cual rezaba y me convertía en un dócil ratón que espera su trocito de queso. ¡Oh, conozco tan bien ese sonido de hierro que frena, de madera que se cierra blandamente! Me seguirá hasta el fin de mis días el lánguido sonido de la espera, y su derecho negado, cerrado. Pasos que parecen aproximarse y luego se alejan inexorablemente para meterse en otro sitio, en otra familia.

Mi padre me encontraba en esa postura, acurrucado, creía que era un sistema mental esa manera mía de estudiar sentado en el suelo, con los libros sobre las piernas dobladas. Era dermatólogo, volvía a casa pálido, grisáceo, semejante a un pedazo de carne cocida sin sustancia ya, avanzaba en el caldo de los lugares conocidos, encendía una luz y se quitaba la gabardina.

—Cuéntame algo, Guido, ¿qué has hecho hoy?

No importaba que yo no contestara. Lo seguía, reconfortado por su presencia, pero era como seguir a un cortejo fúnebre, la ausencia de mi madre caminaba al frente de nuestras vidas. Con frecuencia cenábamos solos, cuando los compromisos de Georgette se prolongaban.

Yo luchaba contra el sueño hasta lo imposible. Después me desplomaba como un combatiente al que hubieran disparado. Sabía que, incluso en el corazón de la noche, ella nunca dejaba de inclinarse sobre mi cama para besarme, hundía la nariz en mi cabello y contaba los dedos de mi mano abierta. Sepultado vivo en el sueño, soñaba con su amor que llegaba demasiado tarde, cuando ya no conseguía despertarme, y lloraba por el dolor de no poder disfrutarlo con lucidez, realmente.

Su hermano Zeno vivía dos plantas más arriba, en un ático que recordaba a un pantano dorado, un bajo imperio.

Era crítico de arte, un hombre alto, robusto, pasional pero melancólico, de ojos brillantes como canicas de acero y una mirada que quemaba. Su casa, en la que las cortinas siempre estaban corridas, era un relicario de antiguos catálogos y lienzos acumulados, habitada sólo por esculturas y sus sombras. Recibía allí a marchantes, artis-

tas de mirada enajenada y lacustres figuras eclesiales. El Vaticano estaba ahí mismo, a pocos metros a vista de pájaro, desde el balcón de su despacho se veía el domo de San Pedro, los óculos de su cúpula clara y los pájaros que revoloteaban alrededor.

Fue una de las primeras lecciones de arte que me dio. Un día de viento gélido me tuvo ahí fuera, expuesto a una pulmonía, sin posibilidad de volver al calor del interior. Me contó, agitando las manos en el cielo lívido, el diseño original de Bramante y el mísero proyecto de Sangallo, con sus insulsos penachos, que Miguel Ángel había desdiseñado para volver a la centralidad de la basílica. Era soltero y aborrecía a los niños pero, ese día, tendría yo unos ocho años, debí de parecerle lo bastante mayor para una relación intelectual. Su intención era modelarme, lo que mi madre siempre había deseado.

Tenía pareja, una mujer alta y esquelética que lo rondaba como una jirafa herida y a la que mi tío no se traía nunca a las comidas familiares. Georgette se ocupaba de él. No conozco bien la historia de estos dos hermanos. La mía no es una casa en la que se haya hablado nunca. Sé que se quedaron huérfanos muy pronto, que Zeno hizo un buen negocio vendiendo un cuadro de una rectoría de Valonia y se presentó en casa de su hermana con un Porsche descapotable 550 idéntico a aquel con el que se estrelló James Dean, abandonaron Bélgica y regresaron a Italia. Mi madre se casó, pero siguieron muy unidos, uno de esos vínculos indisolubles que se alimentan de la oscuridad de los recuerdos. Georgette se encargaba de su correspondencia, le organizaba la agenda, lo seguía a las conferencias que daba en los ateneos, en las casas de suabast, en hoteles de montaña y de playa. Abría la puerta a nobles caídos en desgracia que llevaban bajo el brazo

piezas de colecciones familiares envueltas en papel de periódico, a los galeristas del centro que venían para un peritaje. Zeno se quitaba las gafas, acercaba las pupilas desnudas a las obras, las circunnavegaba y las olisqueaba literalmente. Miraba siempre lejos del centro, un detalle lateral, una pincelada perdida en el fondo. Se emocionaba con la belleza, pero se irritaba con facilidad. Detestaba los cortes de Fontana y a todos los espacialistas. A veces se oían gritos imperiosos en esas estancias oleosas, gente que retrocedía y tropezaba por las escaleras.

Excepto una mano rígida sobre mi cabeza en alguna Navidad perdida, no recuerdo que tuviera nunca un gesto cariñoso conmigo, su único sobrino. El hecho de que mi madre lo quisiera tanto suscitaba en mí temerosa fascinación y celos mudos. También mi padre tenía un hermano, pero murió muy joven. Le quedaba una hermana, Eugenia, una mujer con el cabello corto y entrecano que se vestía como un hombre, casada y sin hijos. La nuestra era una familia de adultos rígidos y extravagantes y de viejos infinitos. Niño solitario, me consideraban con temor, como una especie de insecto kafkiano que, agigantándose, hubiera podido devorarlos. Recibía regalos deprimentes, dominós o paraguas.

Una vez, Zeno me regaló un mosaico de piedra para montar. Al término de una tarde de tristeza levanté esa caja que pesaba como el plomo y la arrojé por la ventana. Seguí su vuelo a través de los listones de la persiana, vi abrirse la caja y caer las piezas, esparciéndose por todo el patio. Vi al portero junto a los parterres mirar hacia arriba y retrocedí. Eran los años en que fantaseaba con suicidarme. Nunca he deseado tanto matarme como de niño.

El lanzamiento del mosaico era un entrenamiento para el salto mortal. Sonó el timbre.

En el umbral estaba el hijo del portero, su rostro cuadrado e impasible asomaba por encima de la caja de mi mosaico.

—Dice mi padre que ha caído de vuestra ventana.

Detrás de él vi la jaula de hierro del ascensor, vacía, la cabina no estaba en el rellano. Había subido a pie. Jadeaba. Me miraba, visiblemente feliz de hacer ese recado, debía de ser uno de esos niños solícitos y despiertos. Tenía los hombros caídos, muslos robustos y los zapatos llenos de polvo. Era un pequeño portero. Yo estaba flaquísimo, en aquella época diseccionaba los alimentos, me pasaba las comidas separando la grasa, cortando bocados cada vez más minúsculos. Ahí estaba yo, febril y agitado. Él era el ser que más lejos de mí estaba en el mundo, un niño sin el más mínimo atractivo. Esculpido en una materia pesada, con una respiración de batracio convulsa pero interna. Echó una ojeada más allá del umbral, a la brecha negra de la casa a mi espalda. Reparé en su rubor. Estuve tentado de llevármelo a la cocina y sacar los tazones de leche. Era un niño al fin y al cabo, por poco encanto que tuviera y por inexpresivo que fuera. Una distracción en esa tarde plomiza. Podía ponerle en la mano uno de mis soldados y derrotarlo infinidad de veces, a puñaladas, a bayonetazos. Miré ese mosaico que había recogido para mí y que estrechaba contra su pecho como un tesoro.

—No se me ha caído, lo he tirado.

Puso una cara absurda, alucinada.

—... ¿Por qué?

Empujé la puerta para echarlo.

—No lo necesito, tengo que hacer sitio. Quédatelo si quieres.

Parecía dudar entre llorar de desesperación o gritar de felicidad. Lo vi caminar sobre ese mar que se abría, pero lo vi también cerrarse enseguida, comedido y dócil. Me dio las gracias y me dijo que, si cambiaba de idea, me devolvería el mosaico cuando fuera. Tropezó en la escalera, justo cuando yo estaba pensando en darle una patada, y fue como si se la hubiera dado.

—¿Por qué no coges el ascensor?

Negó con la cabeza y retrocedió hacia las luces baratas de la escalera. Quería pedirle socorro.

De vuelta de clase de piano ya no dejaba que la asistenta me llevara de la mano, sino que iba unos pasos por delante de ella (¡cómo me quemaba los talones esa mísera carcelera!). Me detuve a mirar de reojo por la rejilla cubierta de pelusa y de polvillo vegetal la ventana a ras de suelo de la casa del portero. Me ponía la carne de gallina ese sótano, junto a los respiraderos oscuros de la bodega y el almacén de la copistería. Sabía que de allí abajo subían ratas, las mismas que el portero decapitaba con los cepos.

A través de la rejilla vi a Costantino, que montaba en una mesa de madera las teselas de mi mosaico de mármol. Me arrodillé para mirarlo mejor. Tenía unas pequeñas pinzas y una especie de tampón con el que limpiaba el pegamento sobrante. Era concienzudo, probaba las teselas varias veces antes de pegarlas, las lavaba en un barreñito y las secaba. Me irritaba que le gustara tanto ese juego inútil, quería bajar y arrancárselo de las manos. Le pegué una patada a la rejilla.

Él levantó la cabeza, se puso de pie de un salto y se subió a una silla para abrir la ventana. Entre nosotros estaba esa asquerosa rejilla de hierro donde los perros se

paraban a mear. Gritó para hacerse oír por encima del ruido de la calle.

—¿Quieres que te devuelva el mosaico?

Negué con un gesto y retrocedí de un salto.

—Si te apetece, podemos hacerlo juntos, ven...

Era menos tímido que de costumbre, quizá el hecho de tener los pies anclados abajo, en su terreno, le hiciera sentirse protegido. Vi de reojo a su madre detrás de él, me hacía una seña, me invitaba a su casa. Estaba friendo patatas, las escurría en el papel de estraza del pan.

—¿Quieres cenar con nosotros?

Subía un aroma riquísimo en el que se retorcieron mis tripas y mi corazón, y casi sentí ganas de llorar. Me levanté y me quedé un momento parado delante de sus caras antes de irme.

Puso el mosaico a secar en el patio, sobre una silla resquebrajada. Lo colocó ahí, en el rincón donde daba el sol invernal unas pocas horas al día. Tal vez quería que yo lo viera. Era un guerrero aqueo, faltaban partes del rostro y del escudo. Algunas teselas se habrían perdido o se habrían roto al tirarlo por la ventana. Miré el único ojo, el hueco del otro. Entonces, desde la línea del tiempo llegó hasta mí una imagen, una anticipación que se desvaneció antes de que pudiera alcanzarla o descifrarla. Quedó sólo el vacío, la sensación de un salto sin manos, un viento que me atravesó antes de alejarse volando, furioso.

Dos días después tiré la tienda por la ventana. Era el único regalo que de verdad me había gustado. El enésimo engaño. Nadie me llevaría nunca de acampada. Había montado la tienda en mi dormitorio y allí se había quedado durante meses. Se convirtió en una casa dentro de la

casa, la asistenta se agachaba y me dejaba un plato con comida. Dentro hacía los deberes, tocaba la pianola y dormía. Me despertaba sudando en ese vientre de plástico con las cremalleras cerradas, me desnudaba bajo ese cielo naranja. Una noche decidí librarme de ella y la arrojé al patio. No sé por qué. Era lo más cercano a mí que poseía.

Costantino la recogió y miró hacia arriba. Esperaba que subiese a devolvérmela, pero no lo hizo. Bajé al patio, la tienda ya no estaba allí, no pregunté nada.

Probablemente se la habría llevado allá abajo, a orillas del Tíber, a esa fangosa playa fluvial en la que jugaba con sus amigos, hijos de otros porteros, de mecánicos y tenderos del barrio. Mi tienda se convertiría en la base de sus juegos, que en verano duraban hasta el anochecer. Fabricaban cerbatanas y pescaban bermejuelas. Lo vi un día jugando al burro, con la espalda inclinada y las manos en las rodillas, mientras los demás saltaban sobre sus hombros hasta formar una torre de carne sudada que se tambaleaba bajo el peso de las carcajadas.

Llegó la adolescencia, y con ella el morbo. Para mí fue seguir siendo un ratón en un mundo jurásico. Las primeras en desarrollarse fueron las chicas. En octavo parecían maestras en una clase de niños. Empezaron a hablar de lo que hablan las chicas, y la mirada pasó a ser la de los lagos y los dragones, esos escotes prodigiosos que ocultan el infierno.

Llegó el verano. El edificio se vaciaba. Quedaban los viejos, las tiendas cerradas. El hijo del portero llevaba una camiseta caqui y limpiaba el patio con una manguera. Su hermana Eleonora jugaba a las bolas clic-clac sentada en

las escaleras. Había crecido, llevaba tacones y se ceñía la cintura para realzar los pechos incipientes.

En la playa disfrutaba de mayor libertad. Mi abuela se apropiaba de la asistenta, la explotaba en casa y en el jardín. A mí me dejaba solo en la playa. Era un antiguo establecimiento balneario acotado, frecuentado por familias que se conocían de toda la vida, el socorrista tenía la piel curtida de un elefante y nunca apartaba los ojos del agua.

Esperaba las olas, el hondo bofetón del mar, su ávido torbellino. Dentro del bañador lleno de arena, el sexo microscópico, blando de frío. Fue el primer verano que no me lo pasé bien. Los chicos se reunían todos bajo una misma sombrilla, jugaban al vóley con las chicas y al flipper en la terraza del restaurante. Hasta el verano anterior, arrastrábamos a uno de culo por la arena para hacer una pista de canicas, pero ahora ese juego ya no le interesaba a nadie. No se quitaban las gafas de sol y se tapaban con la mano el bañador Speedo, sin apartarse de la juke-box. Habían aparecido los primeros frisbis, me pasaba el día lanzando ese disco de plástico. Desde que amanecía hasta que se ponía el sol, como si fuera un trabajo.

Hubo un incidente de carácter sexual. Un día que caminé por la orilla hasta tan lejos que parecía que hubiera llegado a pie hasta otro mar, fui a parar a una zona de barcas abandonadas, el embarcadero de una escuela de vela. Los cascos asomaban entre la arena como grandes jibiones amarilleados por el sol. Hacía un buen rato que no se veía un alma, sólo había pasado un hombre con un san bernardo, pero ya estaba lejos. Más allá del embarcadero había dunas de arena y altos penachos de retama marina. Yo miraba a lo lejos, a la línea del horizonte, donde el golfo culminaba en altas rocas oscuras. La luz era la del paraíso al atardecer, los troncos de madera excavados en

la arena eran de plata. Me quité la camiseta y me bañé, me dejé arrastrar por las olas, sumergir, morir y vivir. Hice el tonto, hice el loco, saltando en el agua como un poseso. Me pasé un rato así, medio dentro, medio fuera, cuando oí que me llamaban. Vi a un hombre en la orilla, agitaba el brazo como un socorrista que te indica que vuelvas, parecía querer advertirme de un peligro. Me volví para mirar el mar a mi espalda, buscando qué sé yo qué, la aleta de un tiburón. Eché a andar hacia la orilla desorientado, levantando las piernas por encima del agua, deprisa. El hombre estaba a contraluz, y las salpicaduras me nublaban la vista, por lo que sólo me di cuenta cuando ya estaba demasiado cerca de él. Pero aún tuve que avanzar un paso más para entenderlo del todo. No puedo decir qué fue, ni siquiera una medusa que te coge en plena cara mientras nadas te quema así.

Tampoco me había dado cuenta de que estaba desnudo, no miraba en esa dirección. Vi el gesto, y esa cosa morada y grande. Se la meneaba delante de mí, con la lengua fuera, mirándome fijamente. Fui consciente de la violencia sexual, del cambio de escenario, de la transformación del paraíso en infierno. Capté el horror con un solo pestañeo. No sabría decir cómo era su cara o el resto de su cuerpo. Seguía moviéndose, jadeando. Estábamos cerquísima, le habría bastado con extender el brazo. Miré a lo lejos, hacia la playa y los matorrales de detrás, para ver si había alguien más. Sólo entonces reparé en lo desierto que estaba todo, en la hora tardía, en el hielo que sentía encima de mí y en el sudor sobre ese hielo. Me quedé quieto. Miré a la muerte, inmóvil, observando el campo de batalla alrededor.

Estaba musculado de ir al gimnasio y era oscuro de piel, llevaba un trapo retorcido en la cabeza calva. Estaba

ahí, tieso como un palo, con esa enorme polla erecta. Había algo que yo no sabía de mí y que descubrí ese día de violento aprendizaje. Soy valiente, tengo una valentía que atraviesa la locura y vuelve. La valentía de los masoquistas. De los violentos tranquilos.

Quizá no fuera un violador, quizá fuera sólo un exhibicionista, en cualquier caso no le di ocasión de definirse. No lo incité con los gestos irreflexivos de la presa. No me caí, no grité, no retrocedí en el agua. Pasé por su lado como si no lo hubiera visto, como si no estuviera ahí. Pensaba que me agarraría. Me dejaría violar y matar en silencio, como una piedra. Y, mientras pasaba por su lado, puede decirse que sentí pena por él, ese arrebató que la víctima iluminada por la muerte siente por su asesino. Sentí en la espalda el viento de esa soledad pornográfica.

Ahora por la playa pasaba el hombre del san bernardo. Quizá me salvara él. El exhibicionista se zambulló y nadó un buen rato mar adentro, sin salir del agua.

Más adelante supe que ésa era una zona de nudistas y de homosexuales que mantenían relaciones al aire libre detrás de las dunas.

Regresé a casa aturdido. No le conté nada a nadie. Me embargó el miedo, me recorrió el cuerpo como los cangrejos cuando baja la marea. Volvía a ver esa polla enorme, estrangulada, la punta morada. Me preguntaba por qué me había ocurrido a mí. Quizá tuviera un aspecto extraño, podía parecer un joven diferente. Como una víctima perfecta de abuso, sentía que el instigador era yo.

Ahora temía que otros me miraran y, al encontrarme extraño, se sacaran el pito delante de mí. Volví a hacer castillos con los niños pequeños, a enterrarme en la arena.

Un día elegí a uno, de esos a los que el mar vuelve albinos y tienen una fina pelusilla rubia en la espalda os-

cura. Me puse a mirarlo, no le quitaba ojo de encima, primero sólo por juego, pero luego empezó el experimento. Lo observaba con mirada vítrea. Ese dominio aliviaba todas mis frustraciones larvadas. Se trataba de un vínculo subterráneo, violento. Él quería llorar pero no lloraba. Seguía arañando la arena con la palita, pero yo sentía que estaba desesperado, se había separado del grupo de los otros niños, estaba en mi poder. Él sabía que estaba atrapado. Si me hubiera levantado, me habría seguido sin rebelarse. Lo mantuve así como rehén durante media hora. Experimenté un profundo placer en subyugar a esa pequeña criatura inerte, sin acercarme siquiera. Después bajé los ojos y lo dejé ir. Él retrocedió hacia su madre, tumbada en una hamaca, y se aferró a sus piernas aceitosas en silencio. En cualquier caso no habría sabido qué decir. Y sin embargo había sido violado y arrojado lejos, yo conocía bien ese terror subcutáneo. Contemplé el mar, me estaba convirtiendo en un tipo raro.

En verano el hijo del portero sólo se marchaba unos días, volvía a su pueblo en Apulia. Allí tenía una bicicleta y amigos con los que se desfogaba en dialecto. Reaparecía después en el patio, asalvajado, con la mirada más reticente, como si entre esos olivos hubiera aprendido algo prohibido.

Me lo encontré en el chiscón, sentado en el lugar de su padre. Vi una silueta en la oscuridad del portal, un chico que emergía a la luz de septiembre. *Hola*. Me costó reconocerlo. Había crecido muchísimo ese verano. Su madre fue hacia él y le dio dos platos abollados sujetos con un trapo anudado. Era la una, era miércoles, el día en que cerraba el restaurante de la esquina, la portera le manda-

ba la comida a casa al tío Zeno, que odiaba el calor y los sitios llenos de gente y en verano nunca abandonaba la ciudad. Se quedaba en su ático, con el ventilador y el baticín adamascado que llevaba incluso encima de la ropa, bordado de rojo como la toga de un antiguo rey de Roma.

Llamé al ascensor, que estaba parado arriba. Él se quedó allí, haciéndome compañía. Hablamos un poco y de una manera distinta, sin despreciarnos el uno al otro como había ocurrido con frecuencia los años anteriores, por timidez, por diferentes soledades. Nunca habíamos sido amigos de verdad. Me atormentaba la idea de que en verano, siguiendo a su padre, hubiera podido entrar tranquilamente en mi cuarto, y, durante el año, cada vez que no encontraba algo, en mi fuero interno lo acusaba a él. A mi madre desde luego no podía quejarme. Me hacía callar diciendo: *Son las personas más de fiar del mundo.*

—¿Subes conmigo?

Negó con la cabeza, pero luego entró. Estuvimos encerrados en la cabina mientras bajaban los cables. Lo miré en el espejo, un coloso pasmado, y yo, a su lado, un niño sin pureza. Entre ambos, ese plato cubierto, ese rico olor a salsa.

—¿Qué le llevas?

—Ñoquis.

—Qué suerte tiene.

Se le dibujó una sonrisa triste en el rostro infantil separado ya del cuerpo, parecía tan turbado como yo. Levantó la cabeza y miró hacia arriba por la rejilla, vi que la nuez se le movía en la garganta como si tragara.